

ProBiota

ISSN 1515-9329

FCNyM, UNLP

Serie Técnica y Didáctica n° 16

EL NATURALISTA
por **Emiliano Mac Dongh**



Recopiladores
Hugo L. López
Justina Ponte Gómez

Indizada en la base de datos ASFA S. C. A.

La Plata, 2012

Continuando con el rescate de los diferentes documentos de naturalistas argentinos, se reproduce el presente relato escrito por el Dr. Emiliano Mac Donagh y que fuera publicado en el diario La Nación en la edición del 5 de mayo de 1929.

Hugo L. López

LA NACIÓN – Domingo 5 de mayo de 1929

EL NATURALISTA

Por *EMILIANO MAC DONAGH*

ILUSTRACIÓN DE JUAN CARLOS HUERGO



Aguilar se apareció un buen día en el museo como un jovencito a la vez encogido y excitable, agitado ahora porque el calor estival le echaría a perder un ave muy rara que cazó de mañanita en un cañadón cerca de Los Talas. Habló apresuradamente, y, luego, arrullando entusiasmo bajo la sonrisa de don Carlos, explicó: no pretendía que fuese nueva, pero, en fin, su rareza tenía, y quizá fuese migratoria. La describió, y sus andares, contando de paso cómo la había cazado. Le volvió el brío; quería saber el procedimiento para preparar un cuero de ave. Le intrigaba, sobre todo, cómo preservar las alas que le parecía imposible descarnarlas, eran tan delicadas, y, más, en su caza del día. Sí, sí, le dijeron: se puede, con algún trabajo y mucho cuidado; y en cuanto a ese bicho que tanto le entusiasma, con seguridad que se trata de una gallineta de agua o “ipacáa”; no es rara, aunque muy evasiva. Quedó consternado y ni pretendió disimularlo: aquella sonrisa perenne del sabio le traspasaba. Y más cuando le preguntó, como extrañado, si no había leído a Hudson, que tanto habla de ella.

Se detuvo, a punto de contestar de mala manera. De tal compatriota no conocía sino la referencia pasajera del más difundido de nuestros manuales de zoología, y le fastidiaba, puerilmente, que no hubiera publicado sino “en inglés y en el extranjero”. Para zafarse de lo que ya tomaba por mal paso, volvió a pedir instrucciones para “disecar” aves. En dos palabras le hicieron comprender la diferencia entre un cuero preparado y un cuero montado para la exhibición, y con esa primera lección en un pasadizo del entresuelo, le enseñaron a distinguir entre el propósito del hombre de estudio y la finalidad de la institución destinada al público.

Don Carlos se despidió afablemente, para revelar unos negativos, y nuestro amigo quedó con el jefe de los preparadores, uno de los hombres más dispuesto a enseñar, conversando, que haya en nuestra tierra: lo llevó a su laboratorio, le mostró las piezas preparadas y el desparramo de huesitos de un cráneo de surubí, desarticulado, que llevaba meses de ir montando, para suspender en el espacio, con finos alambres, las nimias piecitas de aquel estuche complicado. Aguilar se sorprendió al ver el instrumental reducido, los recursos pobres de aquel laboratorio de obras que le parecían inaccesibles. ¿Y para preparar aves? Acaso bastase con muy pocos elementos. Don Juan, el preparador, sonrió, mitad para adentro: tantas veces le había sucedido ya, que le era costumbre evadirse recomendando calurosamente a los preguntones un librito muy explicativo del Dr. Holmberg; pero este mocito le resultaba simpático y como ya se había dado tiempo para decirle que se iría al campo durante los meses de vacaciones, y que pensaba coleccionar aves, si aprendía cómo preservarlas, quiso ayudarle. Aguilar se quedó parpadeando cuando don Juan le preguntó donde había dejado la gallineta a tiempo que desembarazaba la mitad de una mesa, y disponía en su orden varias tijeras, grandes y chicas, obscurecidas algunas, unos bisturíes muy repasados por la piedra de afilar, algunas pinzas de puntas afiladas, otra gastadísima, de extremos chatos, la lata vacía de té con la tapa perforada para los hilos, y muy a mano, jabón arsenical, yeso, aserrín, algo de estopa. Su gallineta estaba, en un paquete cuidadosamente esponjado, en la portería y se fue arriba a buscarlo. Mientras tuvo que prestar atención a los vericuetos del entresuelo para no extraviarse, anduvo alegremente: salvaría, pues, aquella ave para una colección suya que los años verían grandísima. Pero cuando llegó a la rotonda se sintió de súbito humillado y en desamparo, como si le hubiesen volcado encima un balde de agua.

Esa ave era vulgar. Si se hubiese dado una vuelta por la sección correspondiente del museo, la hubiese visto. Y ahora, por sobre todo eso, la afrenta del portero: le devolvía su paquete sin mirarle ni por encima de sus quevedos adobados, lo mismo que cuando se lo tomó, pero ahora, al sesgo, los labios charlatanes amenazaban una chuscada.

Era, pues, cosa de todos los días. Después lo supo. Cuando no venía el descubridor de una gallineta, era el de un coleóptero muy raro que resultaba ser un “torito” hembra, o un señor importante que pedía ver al director para obsequiarle con un casal de la víbora de dos cabezas. Aguilar, con el paquete a media asta, sin apretarlo, se detuvo mirando el resplandor de la tarde ferviente sobre el follaje profuso. Quería irse. Se

disculparía mañana mismo, sin falta, con una cartita. Avanzó despacio hasta bajo la columnata, echando de menos la frescura de adentro, y ya en la saliente, recordó que el edificio del museo era redondo. Siempre le había impresionado ese aspecto de fortaleza, con tantas ventanas enrejadas. Hacía un rato no más, conversando con don Juan, había echado un vistazo sobre el bosque; las ventanas abiertas en aquellas gruesas paredes hacían de viseras, y no se perdía detalle. Cuando él se marchase estrujando su paquetito, desde adentro le estaría observando el preparador. Quizá don Carlos, levantando un instante la vista de sus dibujos precisos para descansarla mirando aquel árbol coposo, le vería pasar, con una sonrisa: esa sonrisa fina, amable en los labios y burlona en las comisuras, que atisbara recién, mientras le explicaba su descubrimiento. Pensó en dar la vuelta, escurrirse por la isleta de eucaliptus, a la derecha, y contornear el jardín zoológico por detrás para volver a la ciudad. Dió un paso, saliendo de entre las columnas impávidas, en el pleno sol. Pestañeó dolidamente: había olvidado el sombrero en el laboratorio.

Volvió sencillamente, como un buen hijo de Dios que era, ya sin padecimiento de orgullo, y se estuvo, primero callado, luego preguntón y confianzudo, avaricioso de aprender y feliz de estarse así, de codos en la mesa, viendo el manipuleo de la preparación. Era una baquía de dejarle perplejo, por la audacia en dar un tajo en pleno cuero emplumado para descarnar mejor por dentro, un retorcimiento de todo el cuerpo del ave, unos tirones bruscos a que jamás se hubiese animado y que ahora ni le crispaban.

Nunca se olvidó de aquella lección y hasta le retardó el distinguir entre la obra del preparador y la del naturalista. La habilidad manual, el ojo certero, el don vulpino de la observación, y ese triunfo de artista frente al ejemplar montado, realístico, tenso de miembros y blando de pelambre o plumaje, le cautivaban. Más adelante, cuando vio algunos cueros de mamíferos empajados y estopados, sin escultura, las "salchichas", como las llamaban en el museo, disculpaba el orgullo de los preparadores artistas. El preparador es un elemento de todo museo, el hombre de las obras y no del pensarlas, orgulloso siempre de su fruto, visible como una escultura, humilde ante el hombre de saber, y mezcla sin triturar de temperamentos simples: el temperamento de un cazador, el de un desollador, y dibujante, fotógrafo, moldeador, y, siempre, alacrán.

* * *

Esa tardecita Aguilar salió del museo como un conscripto paisano declarado apto. Había dejado el cuero de gallineta porque estaba flojo de tan reciente, y se sentía livianito sin su paquete. Quedaba algo suyo en el museo y podía volver a buscarlo sin intimidarse por el carraspeo del viejo portero. Aquel cuero salvado sería el número 1 de una serie inacabable. Se sintió tan feliz que se dio cuenta. Quiso no sentir otra cosa que el fresco de la tarde para acompañar su paso andarín, irrefrenable, y no le bastó. Resolvió olvidar el cuero y el museo por una semana.

La cumplió. Como su gente se iba al campo, en el trajín de liar sus bártulos y de comprarse joh, deleite! los instrumentos de disección, no pisó en el museo sino cuando volvió de las vacaciones. Se presentó con una caja en donde había colocado seis cueros, los mejores. En el laboratorio del jefe de preparadores estaban don Carlos y el hombre a quien llamaría de por vida su maestro. Se interesaron todos y nada menos que don Carlos tomó papel y pluma y se anotó algunos datos sobre las localidades. Le alabaron los hallazgos, le clasificaron los ejemplares, deletreándole a veces los nombres abstrusos, y Aguilar desaparecía dentro de su deleite como un lechoncito en un guadal.

Volvió al día siguiente con otros cueros de pájaros, dejando en casa, taimado, voluptuoso, los ejemplares únicos. Añagaza inútil: era él quien estaba cautivo. Iba todos los días, para dejarse estar conversando, inquiriendo, y, cuando se abrió la inscripción para los cursos, buscando satisfacer a su gente, estanciera, se inscribió en agronomía, pero tomando cuantas materias pudo en el museo, por correlación, explicaba en su casa. Se entregó a sus libros y a sus trabajos de laboratorio como quien se da a un vicio. Dio todos los exámenes felizmente, y sus padres no le ocultaron el suspiro de alivio que estaba en el torniquete desde las

vacaciones de julio, cuando ya no cupo duda de cuánto primaba su inquietud pajarera sobre su afición tibia por la botánica agrícola. Con el mismo ímpetu se lanzó entonces a las excursiones por los alrededores desabridos y en el fácil río Santiago.

Una tarde, por el demasiado rigor del sol, llevó su canoa a un arroyo, en la curva sombreada que hacía al abrirse en el canal. El sol a la espalda, le reposaba la quietud del lugar y, para no sentirse con nervios suspicaces, abrió bien las alas anchas de su sombrero blanco, porque encima suyo y en todas las plantas pululaban las isocas. Las había en cada punta de rama pendiente, algunas colgadas del propio hilo que secretan y viboreando en el aire para salvar el baño. Sobre las dos orillas limosas, los sauces combados; y apenas si alguna guía delgada, más salida al cauce, reconocía un hálito de brisa con un pulso de sus hojitas. Las aguas oscuras, de un verdor terroso, aguas reservadas, con un secreto de fecundidad desmenuzada en su fondo, eran espejo de cosas curvas, serpiginosas; la corriente venía saliendo y la brisa desapareja del canal le devolvía el ras en ondas seguiditas, apenas rizadas, y de curva tan ancha que parecían tablear el apeadero de imágenes en que estaba convertido el arroyo; su temblor rítmico le recordaba el de las mariposas cuando recién han pelechado de crisálidas y estiran las alas, pliegue por pliegue, a fuerza de sol. Una ramita desmirriada, a un lado de la curva, tocaba el agua, picoteándola con una elasticidad adormecida por el estío y despidiendo una enciclia incansable que parecía abollarse luchando contra los rizos. Aguilar no se daba que el calor y esa tregua, con la canoa moviéndose como una hamaca, le habían dejado un solo sentido. Ahora venía por el centro del arroyo una planta sola, desprendida, de camalote. La siguió fielmente con la vista, pero cuando sobrepasó el holladero de los reflejos, pareció dejar sobre el agua una imagen flotante, suelta, algo así como esas manchas de petróleo, boyantes al vaivén de las corrientes, manchas irisadas, con sus tonos rojos temblones que obscurecen el verdor de las aguas en los arroyos de arboleda tupida. Sí, era una imagen que crecía y se desparramaba en reflejos espasmódicos, apagando las hileras de gemas verdosas. Despabiló sentidos, miedoso de alucinarse. Llegaba a la orilla, viniendo del monte, un bicho humano, flacucho, empuñando como una lanza una escopeta de un solo caño muy largo. Aguilar quiso reconocerle, evocando borrosamente un compañero de tren y su saco de cazador, cubierto de bolsillos rellenos. (Ahora le llevaban unas botas de goma altísimas). Aguilar, con un solo gesto rápido, como si le hubiese caído en el cuello una de las tantas isocas del sauzal, paleó a la izquierda y se recostó al centro del arroyo, pero el pique de un bote es lento y el otro ya le gritaba con una voz de solterona que ha visto en su cuarto una araña peluda:

- ¿Vio pasar el Streptoceryle?
- ¿El qué?
- El Ceryle, hombre, el matraca...
- Aguilar rabió de su memoria.
- No se qué es...
- Pero, Aguilar, ¡hombre! ¿Ha visto pasar por aquí un martín pescador o no?

Aguilar, retrocediendo, logró el canal y paleaba como con garras, buscando el favor de la corriente. Tranqueando en el barrial, la escopeta siempre en línea, chillándole instrucciones, se iba quedando solo el aficionado.

* * *

Otro año se dio a vagar por los sitios donde, en limpiones de tosca o de tierra arenosa, los insectos cavadores atareaban sus horas de sol. Volvía por ellos como a una querencia, olvidado del solazo por ver los avispones, esos andariegos Pepsis con su cuerpo de un azul renegrido, centellante, y sus versátiles alas color ladrillo; las Monédulas que, cavando, parecían una caricatura de un perro porque sacaban la tierra de su excavación con las patas delanteras, reculando, y se esponjaban un segundo al aire para zamparse de cabeza otra vez en su tarea; las hormigas inquietísimas, sobre todo las Forelius, con sus carreras

mareadoras, y el acarreo de una oruguita por las Pheidole, con sus soldados de color vinoso tironeando a lo bulldog y las obreras en un entrevero de aspavientos, algunas prendidas de un pelito de la víctima y pataleando en el aire, livianas e inútiles. Todos aquellos seres exhibían sus propósitos, y la incógnita para Aguilar era el paso furtivo, el huroneo en las cuevas ajenas, de las Mutilus, con su librea de hormigas heráldicas, rojas, purpúreas, granates, bordeadas en azabache y algunas con mechoncitos de pelos blancos, cremosos. Averiguó en el museo y supo que versó sobre Mutílicos el primer trabajo de Félix Lynch Arribálzaga, el gran naturalista argentino que con unos miserables elementos, en su estancia de Baradero, había realizado una obra de ciencia que cada día nos asombra como hazaña. Se tentó por el tema y empezó a revolver papeles, buscando poner al día la sistemática de las especies argentinas. Lo pillió a tiempo su maestro, y cuando le dijo al final de su amonestación: “El naturalista debe saber limitarse”, le dio, sin adivinarlo, su canon de vida. Al recibirse era un especialista. Aguardó el porvenir.

* * *

Sucedió una vez que el museo tenía sus jefes y especialistas en misiones de estudio por el interior, y, que necesitando un acompañante para un gran sabio venido al país ganoso de resolver los problemas del pampeano, se pensó en Aguilar, quien dispuso sus cosas en una noche de fiebre, y se fueron. El sabio destinó el primer período a una exploración minuciosa de la costa atlántica, por Necochea, desde Quequén hacia el Sur. Aguilar vivió días felices, hecho una pelota saltarina, de gomitas vivas, entre los médanos y el mar, bajo el viento y el sol y la sonrisa divertida del sabio. A los tres días ya no miraba el mar con curiosidad. Le había tenido fe, como a maestro, a su mar argentino. Ahora se le confiaba, pensando. El sabio y el novicio, mientras vagaban incansablemente por médanos y barrancas, rastreando paraderos, habían caído en un entretenimiento sutil: se estudiaban. Al sabio le intrigaba saber cuáles raíces afirmaban la vocación desusada de este hombre joven, activísimo, apasionado, a ratos pueril pero más por deleite de la sangre que de la vanidad. Le alarmaba ese entregamiento a la obra, estimando que era grave en un país de tanto desarraigado, efecto de un mal sudamericano vencedor aquí hasta de sus tozudos compatriotas. Pero una tarde, acogidos al famoso “arco” de la barranca, en camino a la Punta Negra, esperando que pasase un chaparrón, Aguilar le confesó al sabio su antojo de una hazaña por tierras patagónicas. Sobre toda la costa. Sentí una envidia loca por la felicidad de un compañero suyo, joven como él, que había participado en una excursión anterior del museo a las costas del Chubut. Una vez – señor – iban de Madryn para Trelew, a pie, como siempre; y mi amigo, el único argentino de los tres, nunca podrá olvidar que, llegados a la alta barranca, se sentaron para contemplar en el mismísimo centro visual del Golfo Nuevo, todo azul, la fragata Sarmiento, blanca de todas sus velas, yéndose al mar.

El sabio le miró con unos ojos reverberantes y Aguilar no supo a qué venían aquellas palmaditas fraternales, y el salirse de golpe cuando todavía garuaba. Pero desde entonces el sabio se dilataba en sus lecciones. El joven solía partir de lejos con sus preguntas, procurando no perder la riqueza de aquella experiencia pródiga, y el sabio le veía venir y le guiaba. El interrogatorio de la mañana llegó muchas noches seguidas a la misma cuestión final: qué se entendía, en Europa, por hombre de ciencia. Era natural que el criollo facilitase la solución al explicarle, como buenamente pudo, la situación argentina. El sabio juzgaba: esa identificación sistemática de las especies de la flora y de la fauna, tarea aburridora y propicia al desaliento, es esencial, previa, inevitable; esa tentación por las aplicaciones de las ciencias es peligrosísima: a lo más puede tolerarse como un medio para conseguir mayor ayuda oficial en pro de las investigaciones de ciencias puras; la especialización rigurosa que se combate por no convenir a un país nuevo es, por el contrario, una garantía mental, una ventaja para el investigador; la docencia, en su lugar, es decir, que no devore al sabio; y cuidado, mucho cuidado, con el público. Aguilar le contó cómo, al principio de su carrera, muy orondo de ser universitario, resolvía para sí el problema de la formación científica no admitiendo por sabios a quienes no hubiesen cursado en la Universidad, y el buen chasco suyo cuando descubrió sabios sin papeleta, y eran de los buenos. El sabio extranjero le escuchaba hasta el final y el tema bien expuesto se resolvía solo: faltaban las fórmulas precisas y se las daba. Aquél no era ya un problema europeo, y sin

embargo, podía ser una realidad, como aquí, sin llegar a problema: la verdadera cuestión estaba en la preservación de la disciplina intelectual, en esa voluntad para mantenerse en la ejecución de la obra, voluntad que “en este país” necesitaba ser heroica, tentada como estaba por el éxito fácil de la vulgarización o de ese mal peculiarísimo, el uso de la ciencia para un sectarismo; solicitada, por otra parte, para convertirla en el adorno de una profesión.

– Las desviaciones se ven pronto –, le decía el sabio cuando su compañero se asombraba de que en poco tiempo hubiese visto mucho –. No hay suspicacia en esto: basta juzgar objetivamente los trabajos. Son o no son científicos, valen o no.

Aguilar le contaba su admiración por la obra de hombres como Miguel Lillo, allá en Tucumán, pertinaces, humildes, y conviviendo con tanto personaje cambiadizo y lleno de fe en sí mismo. A veces el joven apilaba agravios contra el ambiente, contra los prójimos de la enseñanza o de los puestos públicos, cuando no contra los hacedores de fama. El sabio le dejaba edificar su pagoda y le llovía encima sus anécdotas, como cuando el criollo le contó amargamente su detestación de la suficiencia profesoral, y él le regaló con una palabra tudesca terriblemente larga que ellos usaban para representar la pedantería de los pedagogos puros. Entonces Aguilar le contó que a veces los aspirantes a sabios en nuestro país envidiaban la prolijidad alemana para los términos y uno que, deseoso de exhibir unas cajas de insectos, pedía, por nota, algunas “instrucciones elementales de propedéutica entomomuseológica” a la secretaría de “Physis”.

Llegaron los miembros de la comisión enviada por el museo y Aguilar, extraño a aquellas especialidades, se libertó. Hacia el Sur estaban las rocas de Punta Negra, realmente marinas, con sus holoturias, y las gaviotas, y ostreros y la demás fauna raleada cerca del balneario: allá se iba muy de mañanita, cada vez más lejos, buscando aprender. A la noche se reunían todos a charlar, desapegados un tanto de las preocupaciones del día, y poco a poco al sabio le crecía una inquietud, porque Aguilar, el más joven de todos y criollo como el caracú, en las veces que alguien le preguntaba por sus éxitos, lucía la mordacidad nativa, y, peligrosamente, como cuando un jefe le interrogó, zumbón, si ya entendía a los loros barranqueros. Una noche, cuando ya había llegado la primera hornada de veraneantes, el mismo, decano de los presentes, famoso por sus chuscadas, le advirtió, poniendo cara acartonada, que tuviese cuidado, él, tan amigo de husmear en las grutas, no lo tomase alguien a mal. Aguilar, con cara de examinando boleado, lamentó la gordura del asado de la noche anterior, un peludo sabrosísimo, y adobado por un criollo preparador de fósiles con una ternura que ni para gliptodontes. Le había producido unas pesadillas terribles. Por eso encontró en la última gruta visitada una sirena, dejada en seco y muy zamarreada por la tormenta de la antenoche, que había sido tan brava.

– Y vea usted, doctor, lo que son las cosas, yo no supe que hacer. Si la gruta era su habitación, era la mitad de una incorrección el penetrar sin permiso en el aposento de una mitad de mujer. Pero era un crimen dejar escapar un espécimen único, que sería para el museo algo así como el Archaeopteryx para el de Berlín, y aún más. ¿Qué hubiera hecho, usted doctor? Por otra parte, yo titubeaba porque soy demasiado joven para un descubrimiento semejante. Ojalá hubiese llegado algún jefe. Yo nunca me hubiera animado a responsabilizarme ante el mundo científico, no por el descubrimiento, sino por la noticia. ¿Usted firmaría tranquilo el telegrama al director?

Su interlocutor se reía como un chico gordo, pero el sabio le hacía a Aguilar con ambas manos abiertas, gestos como de quien procura apaciguar un cachorro mojado. Eran de razas diversas los que estaban allí, y con muchos años del país: todos reían anchamente, con Aguilar. Cuando se desparramaron, el de la zumba le dijo al sabio, como suspirando, despaciosamente y con fruición de conceder – el que llevaba los años de una vida en esta tierra:

– Ah, profesor, usted todavía no ha calado a los criollos si se espanta de esta jarana. Por si se queda mucho en este país y tiene que tratar con muchachos como Aguilar, le regalo este secreto: concédales un cuarto de hora para la imaginación y otro para la chacota, y no hay trabajo que los canse.

MAC DONAGH, E. 1929. El Naturalista. *ProBiota*, FCNyM, UNLP, La Plata, Argentina, *Serie Técnica y Didáctica* 16: 1-10. ISSN 1515-9329. Tomado del diario La Nación, edición del 5 de mayo.

ProBiota

(Programa para el estudio y uso sustentable de la biota austral)

Museo de La Plata
Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP
Paseo del Bosque s/n, 1900 La Plata, Argentina

Directores

Dr. Hugo L. López
hlopez@fcnym.unlp.edu.ar

Dr. Jorge V. Crisci
crisci@fcnym.unlp.edu.ar

Versión Electrónica

Diseño, composición y procesamiento de imágenes

Justina Ponte Gómez

**División Zoología Vertebrados
FCNyM, UNLP**

jpg_47@yahoo.com.mx

<http://ictiologiaargentina.blogspot.com/>

<http://raulringuelet.blogspot.com.ar/>

Indizada en la base de datos ASFA C.S.A.